



UCAM
UNIVERSIDAD

El Magisterio de la Iglesia en el Camino Neocatecumenal

**LECCIÓN INAUGURAL
CURSO ACADÉMICO
2025/26**

P. Mario Pezzi

Presbítero del Equipo Internacional del Camino Neocatecumenal

LOS JERÓNIMOS, 13 DE NOVIEMBRE DE 2025

Introducción

Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor José Manuel Lorca Planes, obispo de la Diócesis de Cartagena, señora Presidenta de la Universidad Católica de Murcia, querida Lola; señora Rectora Magnífica Josefina García Lozano, autoridades, señores doctores, profesores, alumnos, queridos hermanos todos. En primer lugar, quiero dar gracias al Señor, y también a Kiko y Carmen por haberme invitado a ser Presbítero de su equipo durante tantos años, y también a Ascensión, sucesora de Carmen.

En este acto quiero tener un recuerdo especial hacia José Luis Mendoza Pérez, fundador de la Universidad Católica San Antonio de Murcia, pidiendo al Señor que le recompense por sus esfuerzos en la construcción de esta obra eclesial. Estoy seguro de que el Señor continuará ayudando a su mujer Lola en la misión iniciada. Gracias a todos los que habéis colaborado en la organización de este acto. Un saludo especial a los hermanos que habéis venido desde Roma y otras ciudades de Italia, y a los hermanos de Murcia y de España, que habéis querido acompañarme en este día.

Doy gracias a Dios en este momento, no por mi persona, sino por ser testigo y espectador de una obra que me ha superado desde el inicio de mi vida y que encuentra en este acto un sello del Señor y de la Iglesia. Gracias por las palabras de la *Laudatio* de los presbíteros Don José Alberto Cánovas Sánchez y Don Segundo Tejado Muñoz.

Inicio de las catequesis

Al empezar mi discurso deseo manifestar lo que siento – se lo pido al Señor sin presunción por mi parte- con unas palabras del Salmo 71:

*«Señor tú eres mi esperanza, mi confianza desde mi juventud.
Me apoyé en ti desde el seno de mi madre, tú eres mi porción; ¡a ti dirijo siempre mi alabanza!
Mi boca está llena de tu alabanza; todo el día canto tu gloria.
Vendré a cantar las obras del Señor.
¡Oh Dios, desde mi juventud me has instruido, y yo he anunciado hasta hoy tus maravillas!
Y ahora que llega la vejez y las canas, ¡oh Dios, no me abandones! para que proclame yo tu poder y tus obras a todas las generaciones.
Has hecho grandes cosas: ¿quién como tú, oh Dios?».*

Nací en una familia cristiana practicante, y recibí mi formación con los Misioneros Combonianos, en contacto con santos misioneros que volvían de África, marcados por su entrega, después de largos periodos de misión. Desde pequeño me sentía atraído por el celo de San Daniel Comboni, su amor al Sagrado Corazón, sobre todo al estudiar sus cartas, donde resplandecía su amor a la Cruz, al Papa, a los africanos y hasta a sus enemigos. Todavía hoy les estoy muy agradecido.

Desde los años de mi noviciado en los Combonianos, comenzó en mí una crisis interior que se agudizó en Roma, donde los superiores me habían enviado a estudiar en la Pontificia Universidad Urbaniana, desde 1965 a 1969,

año de mi ordenación. El espíritu del '68 estaba entrando en las Universidades Pontificias. Mi crisis consistía en que no podía encontrar una forma de ministerio sacerdotal que fuera más cercano y comprensible a los fieles. Notaba el creciente divorcio entre la fe y la vida. El lenguaje de los curas era cada vez menos existencial, los sacramentos en sí eficaces, no producían algún cambio de vida. Gracias a un estudio personal sobre 'Fe y Sacramento en las Cartas de San Pablo', pude notar que una religiosidad carente de fe no era suficiente para que la eficacia de los Sacramentos transformase la vida de las personas. Por una parte, era entusiasta del Concilio Vaticano II, leía sus Constituciones, Decretos y Declaraciones, pero me preguntaba cómo llevar esta renovación a los fieles.

Con motivo de esta búsqueda, uno de mis superiores, al que yo siempre había abierto mi corazón, me aconsejó no dar paso alguno en la duda sobre mi futuro ministerio. En cambio, siendo segura mi vocación, me dijo que aceptara ser ordenado, confiando en que, si el Señor me llamaba a ejercer mi ministerio en una nueva forma, Él me lo manifestaría en su momento con claridad y una profunda paz.

Hago presente que, normalmente al final de la Ordenación Sacerdotal, se recibía la misión del Superior General. Pero como en el '68 la obediencia había sido sustituida por el diálogo, dos meses antes de la Ordenación, recibimos una carta del Superior General, donde nos preguntaba dónde queríamos ejercer nuestro ministerio pastoral. Yo respondí que aceptaba ser ordenado, pero no me sentía todavía preparado para el ministerio pastoral, y por eso le pedía empezar un curso de doctorado en la Gregoriana, para profundizar mi fe. El 18 de marzo de 1969, recibí la ordenación presbiteral, y en septiembre

comencé el curso de doctorado en Teología, dirigido por el teólogo Padre Zoltan Alszeghy. En noviembre del mismo año conocí a Kiko y Carmen, y en el Camino Neocatecumenal encontré la respuesta del Señor a lo que tanto había buscado.

Con la perspectiva de llevar este Camino de Iniciación cristiana a nuestras misiones en África, los superiores me concedieron un año sabático, que duró hasta 1992, año en el que dejé la Congregación, y el Cardenal Vicario de la Diócesis de Roma, Camillo Ruini, aceptó incardinarme, en Roma, como presbítero itinerante.

A principios de 1970, escuché las catequesis en la parroquia donde hacía la pastoral, y entré a formar parte de mi comunidad de Roma. En el verano, fui invitado por Kiko y Carmen a la convivencia de itinerantes en Tierra Santa, y a la vuelta fui enviado a evangelizar como presbítero de un equipo itinerante. En junio de 1971, estando disponible, fui invitado por Kiko y Carmen a reemplazar a don Francesco Cuppini, el sacerdote que los había acompañado desde 1968 en los períodos en los que evangelizaban en Italia. En España, los acompañaba el padre Jesús Blázquez y en esos periodos yo era enviado a evangelizar como presbítero de otros equipos en Lombardía, Sicilia y Portugal.

En diciembre de 1981, acompañado de una carta de mi Superior General, Kiko y Carmen me enviaron, junto con otro itinerante, a iniciar el Camino en Jartum (Sudán), el corazón de las misiones del Comboni, y más tarde, en marzo de 1982, a Kampala (Uganda). Desde entonces, en conformidad con mi primera llamada misionera, he podido realizar varios viajes

a África, siempre con un equipo: he visitado a varios obispos en Kenia, a las familias en misión del Camino en Costa de Marfil, Camerún, Zambia y a los seminarios Redemptoris Mater de Kitwe (Zambia), Douala (Camerún), Dar es Salaam (Tanzania), Goma (Congo) y Morondava (Madagascar). Visité a varios obispos, primero en Angola y luego en Mozambique, para abrir el Camino. Además, pasé por Bangui (República Centroafricana) y Buyumbura (Burundi).

Desde 1982 fui llamado a formar parte del equipo de Kiko y Carmen, a tiempo completo, acompañándolos en los encuentros con los Papas, con la Santa Sede, con los obispos, en los escrutinios de las etapas del Camino, en las convivencias de los itinerantes y en encuentros internacionales, hasta nuestros días.

Tras la aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal en 2002 *ad experimentum*, y en 2008, definitivamente, fui nombrado por la Santa Sede sacerdote del Equipo Internacional junto con Kiko y Carmen.

Cumplimiento de mi vocación misionera: el último viaje con Kiko a África

En 2015, realicé mi último viaje con Kiko a Pretoria en Sudáfrica, para un encuentro con las comunidades en el Sur de África. Luego fuimos a Kigali (Ruanda) para encontrar a todas las comunidades de los países del Centro de África, y después a Abiyán, en Costa de Marfil, para reunirnos con todas las comunidades de los países del Norte de África. En estos encuentros, he visto la fidelidad del Señor con mi vocación misionera, que había sido alimentada por la formación recibida de los misioneros Combonianos y por

un estudio profundo, realizado durante dos años, de las cartas de san Daniel Comboni, que marcaron mi vida de presbítero itinerante al servicio del Camino Neocatecumenal.

Catequesis sobre el Magisterio de la Iglesia

Todo comenzó en 1984, cuando Kiko y Carmen me invitaron a preparar una catequesis sobre la Encíclica *Humanae Vitae*, del Papa san Pablo VI, porque en algunas comunidades había surgido el problema de la interpretación de la paternidad responsable y el uso de los métodos naturales. Se corría el riesgo de interpretar erróneamente estos métodos, y por lo tanto considerarlos como una forma de método anticonceptivo lícito para la Iglesia, una especie de “píldora católica”. En la convivencia de inicio de curso para catequistas, di la primera catequesis sobre el Magisterio, presentando la recta interpretación ofrecida por el Papa san Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*. Desde entonces, hasta ahora, he podido hacer este servicio a los hermanos.

Los criterios de selección de los temas de la Convivencias de inicio de curso

Con el fin de corroborar a los hermanos, frente al progresivo debilitamiento de la fe en la Iglesia, cada año he buscado exponer un tema que pudiera ayudarles, durante la convivencia anual de catequistas. Con estas catequesis he intentado ayudar a los presbíteros, catequistas y hermanos del Camino a hacer frente a los crecientes desafíos a la Iglesia, por parte de una sociedad como la Unión Europea, fundada sobre el dinero, y que, en su Constitución, ha rechazado las raíces judeocristianas. He querido contribuir de este modo

a la misión de los itinerantes en toda Europa y en otros continentes, gracias a la cual estamos viendo cómo se realiza gradualmente la profecía de Ratzinger, que en 1969 dijo en una entrevista radiofónica: *“De la crisis actual surgirá una Iglesia que perderá parte de sus privilegios sociales. Comenzará de nuevo a partir de pequeños grupos, que volverán a poner la fe en el centro, una Iglesia más espiritual y pobre y se convertirá en la Iglesia de los pobres. Pero cuando terminen las tribulaciones, surgirá una Iglesia más espiritual y simplificada. En ese momento, los hombres, habiendo perdido de vista a Dios, sentirán el horror de su pobreza. Y mirando la novedad de ese pequeño rebaño de creyentes, la descubrirán como una esperanza para sí mismos, la respuesta que siempre habían buscado en secreto”*.

Retomar el Magisterio me pareció particularmente urgente, precisamente en este tiempo en el que estamos viviendo un cambio no solo en la sociedad, sino también en la Iglesia, como han intuido desde los años ‘60 Kiko y Carmen y también los últimos Papas. El 25 de diciembre de 2019, el Papa Francisco en el saludo a la Curia afirmó: “No estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época”.

Mi deseo al preparar estas catequesis, durante los meses de verano, ha sido siempre abrir el apetito, especialmente a los presbíteros y catequistas, a la lectura personal de los Documentos del Vaticano II, y también suscitar el deseo de conocer la Sabiduría contenida en los documentos del Magisterio, desde el Papa León XIII hasta el Papa León XIV. En este período convulso, resultado de dos guerras mundiales, el Espíritu Santo ha suscitado Sucesores de Pedro, que han dirigido la Iglesia con su Sabiduría, sosteniendo al pueblo de Dios.

En primer lugar, sentí la urgencia de ayudar a las familias, padres y abuelos, a reflexionar sobre el significado esponsal de la sexualidad humana, a partir especialmente de la Teología del cuerpo de san Juan Pablo II, elaborada con sus escritos de carácter más filosófico (como Amor y responsabilidad), y expuesta en las catequesis de los miércoles, recogidas en el volumen titulado ‘*Hombre y mujer los creó*’, así como en su Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, la Encíclica *Redemptoris Mater*, sobre la Virgen María, y la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, sobre la dignidad y vocación de la mujer.

La posmodernidad ha provocado una rápida subversión de los puntos de referencia tradicionales. En los últimos 50-60 años, de hecho, el mundo ha experimentado la revolución sexual, la difusión de la pornografía, la teoría del género – según la cual la identidad sexual no es más que un hecho cultural y social –, el nacimiento de Internet, la ideología woke o el impacto de la inteligencia artificial.

Frente a estos desafíos, la palabra de la Iglesia, a través del Magisterio de todos los pontífices, ha demostrado ser una guía segura. En nuestros viajes por el mundo nos ha consolado mucho el agradecimiento de matrimonios que gracias a estas catequesis han podido conocer más profundamente el significado de nuestro cuerpo, remontándonos al Principio y a los relatos de la Creación (cf. Gn 1-3).

Las catequesis de san Juan Pablo II nos permitieron reflexionar sobre el capítulo tercero del Génesis, sobre la caída de los seres humanos, sobre el misterio del mal y sobre la obra de la serpiente antigua, que el Apocalipsis identificará con Satanás (cf. Ap 12). Muchos jóvenes han podido re-

conocer que las heridas en el ámbito de la sexualidad y la afectividad no son más que el resultado de una orientación distorsionada de nuestro deseo. El pecado original, de hecho, lleva a reducir a la otra persona a un instrumento de placer. De este modo, la relación se convierte en “una relación de posesión del otro como objeto del propio deseo” (San Juan Pablo II, *Audiencia general*, 25 de junio de 1980). Esta herida original es el motor secreto que alimenta, por ejemplo, el mercado de la prostitución y de la pornografía que destruye muchas personas, creando una dependencia que provoca un vacío interior tan profundo, que a veces lleva al suicidio.

El Concilio Vaticano II y el Camino Neocatecumenal

El Concilio Vaticano II y el Camino Neocatecumenal es el segundo tema, que me es muy querido, y que he presentado repetidas veces, sobre todo en ocasión de la aprobación temporal y después definitiva del Estatuto del Camino Neocatecumenal.

En diversas catequesis, durante las convivencias de inicio de curso, he querido evidenciar cómo el Señor ha inspirado a Kiko y Carmen, un itinerario de iniciación cristiana por etapas, auspiciado por los Padres Conciliares, “Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en distintas etapas, dependiente del juicio del Ordinario” (SC 64).

El Camino Neocatecumenal ha sido reconocido por el Papa San Juan Pablo II como “un itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos de hoy” (Carta *Ogniqualvolta*, 30 de agosto de 1990). El Estatuto

ha sido confirmado por el Papa Benedicto XVI, en el que se define el Camino Neocatecumenal “al servicio del obispo, como una de las modalidades de realización diocesana, de la iniciación cristiana y de la educación permanente de la fe. (Estatuto CNC, 11 de mayo de 2008).

El Camino Neocatecumenal ha nacido como un itinerario por etapas, de carácter esencialmente celebrativo. Después de una fase kerigmática, llevada a cabo por un equipo de catequistas, aquellos que son tocados en el corazón, porque a Dios le agradó salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación, comienzan un camino gradual y progresivo de fe, por etapas, esencialmente celebrativo en comunidad, alimentados por la celebración semanal de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía dominical, después de las vísperas del sábado, y viviendo en comunidad, como una célula de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, caminando juntos por las distintas etapas de la Iniciación Cristiana, bajo la guía de los catequistas, y la presencia del párroco o de un presbítero, garantes de la fe, hasta que se den en ellos los signos de la fe: el Amor y la Unidad, como un tesoro que el Señor pone en vasos de barro, para que, viendo estos signos, los paganos den gloria a Dios y se conviertan.

Durante el año litúrgico, resalta la riqueza del Triduo Pascual y de la solemne celebración de la Vigilia Pascual, que Dios confió a su amada esposa, la Iglesia: el memorial de su muerte y resurrección. ¡Cuántas hermosas catequesis hemos podido disfrutar de la Sierva de Dios Carmen Hernández, en preparación a la Pascua, sobre el Misterio Pascual! ¡Y cómo se elevaban al cielo nuestros corazones al cantar Kiko el Pregón Pascual en el anuncio de Pascua!, fuente de la que brotan todas las celebraciones eucarísticas del año litúrgico.

La Pascua celebrada realmente toca la vida de las personas: las transforma, les hace pasar de la tristeza a la alegría, de la soledad a la comunión, de la cerrazón al amor incluso hacia el enemigo.

El trípode del Camino Neocatecumenal en comunidad

Kiko y Carmen, desde el principio, tuvieron la inspiración de fundar el Camino Neocatecumenal sobre los tres pilares del Concilio Vaticano II: las Constituciones Apostólicas *Sacrosanctum Concilium*, *Dei Verbum* y *Lumen Gentium*.

La Constitucion Sacrosanctum Concilium, sulla Sacra Liturgia

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* afirma: “La Iglesia se preocupa profundamente de que los fieles no asistan a este misterio de fe como extraños o espectadores mudos, sino que, comprendiéndolo bien en sus ritos y oraciones, participen en la acción sagrada de manera consciente, piadosa y activa; sean formados por la Palabra de Dios; se alimenten en la mesa del cuerpo del Señor; den gracias a Dios; ofreciendo la víctima sin mancha, no sólo por las manos del sacerdote, sino junto con él, aprendan a ofrecerse a sí mismos, y de día en día, por mediación de Cristo, se perfeccionen en la unidad con Dios y entre sí, para que Dios sea finalmente todo en todos” (SC 48).

La Constitución Dei verbum, sobre la Divina revelación

Cada Celebración semanal de la Palabra, en la comunidad, presidida por el párroco o un presbítero, preparada por un grupo, según la antigua tradición

de la Iglesia Siríaca: proclamando una lectura del Antiguo Testamento, otra de los libros Proféticos o Sapienciales, otra del Nuevo Testamento, y sellada por un Evangelio. Realizando así cuanto deseado por los Padres del Concilio: “Dios, que inspiró los libros de ambos Testamentos y es su autor, ordenó sabiamente que lo Nuevo se escondiera en el Antiguo y que lo Antiguo se revelara en el Nuevo. En efecto, aunque Cristo fundó la Nueva Alianza en su propia sangre (cf. Lc 22:20; 1 Co 11, 25), sin embargo, los libros del Antiguo Testamento, recogidos en su totalidad en la predicación del Evangelio, adquieren y manifiestan su pleno significado en el Nuevo Testamento (cf. Mt 5:17; Lc 24, 27), que ellos a su vez iluminan y explican” (DV 16).

La Constitucion Dogmatica, Lumen gentium, sobre la Iglesia

La Iglesia es vista como luz de las gentes: sal y fermento en el mundo. Así la comunidad cristiana está llamada a irradiar esta luz a todos los hombres: “Cristo es la luz de los gentiles: este santo Concilio, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente anunciar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15), para iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo que brilla en el rostro de la Iglesia”.

Y puesto que la Iglesia es, en Cristo, de alguna manera el sacramento, es decir, el signo y el instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, continuando el tema de los Concilios anteriores, quiere explicar más claramente a sus fieles y al mundo entero su propia naturaleza y misión universal. “Las condiciones actuales del mundo hacen más urgente este deber de la Iglesia, para que todos los hombres, hoy más unidos por los diversos vínculos sociales, técnicos y culturales, puedan alcanzar

también la plena unidad en Cristo”. (LG 1).

Estas palabras proféticas de la *Lumen Gentium* se hacen vivas en una comunidad de hermanos que viven su cristianismo en medio del mundo.

La Constitución Pastoral ‘Gaudium et Spes’

Ante la evolución actual del mundo, cada vez más personas se hacen o sienten con nueva agudeza las preguntas más fundamentales: ¿qué es el hombre? ¿Cuál es el significado del dolor, del mal, de la muerte, que siguen existiendo a pesar de todo progreso? ¿Qué habrá después de esta vida?

La Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, siempre da al hombre, a través de su Espíritu, luz y fuerza para responder a su llamada suprema; ni se da otro Nombre en la tierra a los hombres por el cual puedan ser salvados. También cree que encuentra en su Señor y Maestro la clave, el centro y el fin de toda la historia humana.

Sin el Concilio Vaticano II y el apoyo de los Papas, el Camino Neocatecumenal no hubiera podido existir hasta hoy.

Queridos hermanos: Espero que, con mi misión en la Iglesia, como presbítero de los Iniciadores del Camino: Kiko y Carmen, haya ayudado a alguien a encontrar el rostro misericordioso de Cristo. He vivido este camino de mi vida con la conciencia de que no ha sido obra mía, sino que la Gracia que viene de lo Alto ha guiado mi existencia de una manera misteriosa, oculta y maravillosa, como es la vida de todo cristiano.

Encomiendo a Nuestra Señora del Buen Consejo este centro de sabiduría, la Universidad Católica San Antonio de Murcia, que me ha honrado con este doctorado *honoris causa*.

Muchas gracias por vuestra paciencia. Que Dios os bendiga. Rezad por mí, por Kiko y Ascensión, para que el Señor nos sostenga y ayude hasta el final de nuestra misión. Esperemos vernos en el Cielo para dar gracias al Señor eternamente.



UCAM
UNIVERSIDAD